

Ileana Villalobos Ellis
Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica)

FINAL DE CALLE:
UNA PERSPECTIVA DESENCANTADA

LETRAS 18-19 (1988)

El presente artículo se orienta a demostrar que la novela **Final de Calle** del autor costarricense Quince Duncan, muestra en su conjunto una perspectiva desencantada de la realidad, al negarle validez a todas las vías de solución presentadas en la misma novela.

Al mismo tiempo, se sostiene la tesis de que como novela de contenido histórico, **Final de Calle** se erige en contra de la versión oficial de los acontecimientos históricos de la Costa Rica de los años 40, los cuales cuestiona sobre la base de criterios fundamentalmente éticos, contrastando el proyecto histórico del Partido Liberación Nacional, en relación con los objetivos iniciales del grupo, que justificaron a nivel ideológico la Guerra Civil de 1948.

Entenderemos el concepto de “perspectiva desencantada” como una actitud crítica frente a la realidad nacional, en la que se cuestionan posiciones ideológicas, adoptando una actitud de ataque, protesta, queja y desconfianza en relación con el orden establecido, sin presentar salida o poniendo en duda todas las salidas propuestas. En resumen, denota gran desilusión de lo construido por uno o por todos los grupos en el contexto de determinadas circunstancias históricas.

La perspectiva desencantada surge históricamente en Costa Rica, durante los años 70, en el seno de un destacado grupo de militantes del partido gobernante, Liberación Nacional. Este grupo había controlado el aparato estatal desde 1948, cuando su fundador José Figueres encabezó un movimiento armado que depuso al gobierno social-cristiano de Rafael Angel Calderón Guardia. El gobierno cal-

deronista, aliado con sectores de la Iglesia Católica y con el apoyo del Partido Vanguardia Popular, de orientación comunista, había introducido una gran cantidad de reformas sociales, incluyendo el código de trabajo, el sistema de seguridad social, y fundado instituciones de bien social que se ocuparon del control de precios de los alimentos básicos, de la construcción de viviendas populares etc. Así mismo, había organizado o reestructurado una serie de instituciones culturales, incluyendo la Orquesta Sinfónica Nacional y la Universidad de Costa Rica.

José Figueres se enfrenta al gobierno calderonista, acusándolo de prácticas electorales fraudulentas, persecución a ciudadanos de la oposición y corrupción. Enarbolando la bandera de la democracia electoral y de la libertad, logra aglutinar a sectores de clase media agrupados en el pequeño partido Social Demócrata y a los sectores de la oligarquía que habían apoyado la candidatura de Otilio Ulate, quien resultó oficialmente perdedor en las elecciones. Precisamente la anulación de estas elecciones en las que la oposición alega que resultó vencedora, permitió el amplio apoyo a Figueres.

Pero los objetivos estratégicos de Figueres eran otros. En vez de entregar el gobierno a Ulate, fundó una Junta de Gobierno, que durante dieciocho meses se ocupó de reorganizar el Estado. Ulate hubo de asumir el gobierno en medio de una reestructuración que le iba a permitir a Figueres y su grupo, reorganizados ahora como Partido Liberación Nacional, mantener el control de aparato estatal.

El modelo de desarrollo impuesto por Liberación Nacional, que hasta el momento en que se sitúa la novela había controlado el Poder Ejecutivo por catorce años, y dominado el Congreso siempre, permitió la continuación del dominio oligárquico pero bajo nuevas condiciones. Por ejemplo, al no abolir las garantías sociales del período calderonista, obligó a la oligarquía a aceptarlas. Consolidó la influencia de la clase media, permitió reformas para atenuar la explotación de los sectores populares, la nacionalización bancaria que facilitó la redistribución del crédito, una depuración relativa del proceso electoral que adquiere autonomía con relación al gobierno, etc. Enfrentado a la realidad de dos fuerzas armadas el suyo triunfante y el sector militar derrotado, Figueres abolió el ejército en Costa Rica, con lo cual redujo las posibilidades de la oligarquía de revertir el proceso.

En los años 70, el proyecto político liberacionista daba importantes signos de agotamiento. Es por cierto, una década de contradicciones. Por un lado, hay un importante proceso de democratización en el campo de la educación, con ampliación de oportunidades de estudio en educación superior; se funda el Ministerio de Cultura Juventud y Deportes, se fundan nuevos medios de prensa, y se reorganizan instituciones culturales.

A la par de estos hechos positivos hay severas acusaciones de corrupción de sectores del gobierno. Vienen a vivir a Costa Rica en esos meses, importantes figuras de conducta dudosa o buscadas por la policía internacional, como Clovis Mc. Alpin y Robert Vesco, que establecen alianzas con altos dirigentes liberacionistas. Se llega incluso a reformar la ley de extradición para evitar que tales fugitivos fueran reclamados por la justicia de otros países. Los hechos de corrupción incluyen casos de enriquecimiento ilícito de altos dirigentes gubernamentales, valiéndose de información confidencial, e intentos de venta de reservas biológicas del país.

También hay un enfrentamiento constante entre el campesinado sin tierra con terratenientes nacionales y extranjeros, que cuentan con el apoyo de la fuerza pública. Y por primera vez desde la Guerra Civil, los sectores derrotados se atreven a hablar masiva y públicamente cuestionando la versión oficial de dicha guerra.

En medio de la crisis ideológica que todo ello produce, un sector importante cuestiona lo que consideraba el desvío del partido de sus postulados básicos. Estas inquietudes se resumen en un documento titulado "Interpelación" dirigido a los precandidatos liberacionistas, con motivo de las elecciones del 78. Lo calzan con sus firmas, fundadores del Partido Liberación Nacional y militantes de toda una vida, intelectuales destacados, exministros, el vicepresidente, exdiputados y un exmiembro de la Junta de facto que gobernó en los primeros dieciocho meses después de la Guerra Civil.

La perspectiva que se traduce en la publicación es desencantada, y es aquí donde, como veremos luego, **Final de Calle** muestra su mayor grado de coincidencia con el contexto histórico. El documento señala entre otras cosas, la desconfianza de la opinión pública con relación al Partido, los problemas de corrupción, peculado, crisis cívica

ca, negocios y actividades lucrativas de altos funcionarios públicos. Señala que la Guerra Civil fue precisamente por “rescatar” principios de moral en la administración pública, y señala el disgusto y la desilusión existentes frente a la realidad actual con relación al proyecto político original.

El documento mencionado, apela a la memoria histórica, apela a la legalidad y a la opinión pública a los cuales pretende movilizar en procura de una adecuada solución. Pero lo importante a observar es que las salidas que el grupo propone son de carácter moral. No ofrece ninguna alternativa política nueva, ni adopta ninguna de las existentes en la sociedad en ese momento.

Final de Calle del costarricense Quince Duncan, Premio Editorial Costa Rica en 1978, Premio Nacional de Novela “Aguileo Echeverría” en 1979, corresponde en el mundo narrado a hechos históricos sucedidos en dos espacios temporales, ubicado uno en el período de 1948 y el otro en la década de 1970, cuando se encontraba de turno un segundo gobierno consecutivo del Partido Liberación Nacional.

Es de hacer notar que de las obras de ficción del escritor Duncan, esta novela, siendo la última en publicarse, es la segunda de mayor venta del autor, superado únicamente por el libro de cuentos **Una canción en la madrugada**, y es la novela de mayor número de ediciones de dicho autor. Además, fue escogida para formar parte de la colección del veinticinco aniversario de la Editorial Costa Rica, obra que recoge, al menos desde la perspectiva de sus recopiladores, lo más representativo de la narrativa costarricense.

El presente estudio se basa en un análisis detallado de la novela, que tomó en cuenta elementos estructurales tales como la progresión de la obra, con sus situaciones iniciales, de transición y finales. Se estudiaron los personajes y el narrador.

Desde el punto de vista de la inserción de la obra en el contexto, se utilizaron algunas premisas teóricas desarrolladas en el campo de la estética por autores tales como Françoise Pérois, Noel Salomón y Noé Jitrik. Desde esta perspectiva se comprende la producción cultural como vinculada a la producción y reproducción de la vida material. A partir del modo de producción material se genera una particular

forma de vida y una producción intelectual. No obstante, tiene que quedar claro que esa relación es dialéctica y no mecánica. La novela es entonces portadora de “voces” y no de una sola voz. Desde el punto de vista ideológico, la literatura es polifónica. Por tanto, la novela es una recreación estética, vale decir, una interpretación de la realidad.

Final de Calle enjuicia la Guerra Civil de 1948, en la que se enfrentaron según la versión oficial de la historia, dos sectores sociales: el denominado entonces caldero-comunismo y la oposición constituida por los seguidores de Otilio Ulate y José Figueres.

Final de Calle se erige en contra de esta versión, y busca demostrar que en el fondo lo que hubo fue una lucha en la que el sector económicamente dominante del país no se dividió, sino que trabajó en ambos bandos en defensa de sus propios intereses. El objetivo central de este sector, según la novela, fue sacar del ámbito político al Partido Vanguardia Popular, y conseguir la abolición de las leyes sociales promulgadas por el gobierno calderonista.

Los sectores sociales populares estaban divididos, unos en los partidos gobiernistas, y otros en la oposición. Unos luchaban por defender las garantías sociales que supuestamente iba a suprimir la oposición, y otros por lograr reformas políticas y económicas. Este período es tratado en la novela como evocación del pasado que los personajes recrean.

La novela se centra en torno a constantes contrastes. Un mismo hecho narrado según dos versiones contrastantes abre el relato. Don Carlos escucha por la radio que su hijo ha sido detenido en una manifestación en la ciudad de Alajuela como agitador comunista. Va en busca de su hijo y se enfrenta a una versión totalmente diferente de los hechos: era una participación ordenada en un desfile con permiso expreso de las autoridades. Descubre además otros factores preocupantes, tales como que fueron civiles armados corruptos los que detuvieron a Daniel robándole de paso el reloj. En esa primera dualidad de enfoque don Carlos se inclina por la versión de su hijo, en quien cree percibir el mismo idealismo que él había experimentado cuando joven, y que lo había impulsado a arriesgar la vida por erradicar la corrupción.

Se propone entonces dos objetivos: conseguir el castigo del Comandante de policía que a su juicio había actuado injustamente en contra de una juventud idealista que se manifestaba pacíficamente con pancartas contra Vesco y contra el intento gobiernista de vender la Isla del Caño, importante reserva biológica del país; y lograr en segundo lugar la reivindicación del nombre de su hijo.

Don Carlos se enfrenta a varios obstáculos que dificultan la consecución de estos objetivos. La manipulación política, la corrupción, la mentira, y el oportunismo. Enfrentado súbitamente a la cruda realidad (década de los 70) don Carlos descubre el agotamiento del proyecto político liberacionista y la consiguiente crisis ideológica. Don Carlos, que sin duda es el protagonista de la obra, como excombatiente liberacionista que es, cree tener dos posibilidades. O regresa a los cerros, o sea rebelarse de nuevo y romper el orden establecido que él mismo ha ayudado a construir, o admite que no vale la pena y se conforma con la situación actual. Pero no se decide específicamente por ninguna de estas posiciones.

Apela a cuatro diferentes recursos con el objeto de lograr sus objetivos: al padrinazgo (busca sus antiguos compañeros de lucha, tales como Fermín Solano asesor presidencial, y a Salchicha Gutiérrez, ministro de seguridad pública en el gobierno liberacionista de turno. Descubre que, en defensa de lo actuado, y para encubrir el error cometido, las autoridades habían recurrido a desprestigiar a Daniel, acusándolo de drogadicto y rufián, y más bien ofrecen retirar esos cargos en nombre del aprecio que le tienen a don Carlos.

Recurre a otras vías, como la judicial, solo para descubrir que la maquinaria burocrática ya se ha anticipado, y no puede por tanto conseguir un testigo, ni siquiera entre los amigos más cercanos a Daniel. En su desesperación, incluso intenta reanudar las relaciones con su padre, don Caliche, rotas desde el momento en que él se fue a los cerros a pelear contra el gobierno que don Caliche apoyaba.

Don Caliche por su parte, viejo calderonista, cree posible reanudar la buena relación que antaño mantuvo con don Euclides Herrera, destacado miembro de la oligarquía y amigo de infancia, e interviene a favor de su nieto. La familia Herrera de hecho es la dueña del perió-

dico que ha publicado la noticia. Le solicita intervenir para que el periódico reivindique la imagen de Daniel. Pero los Herrera planean agrandar sus empresas, están pendientes de un contrato con el gobierno, y temen en ese momento un enfrentamiento. Lo más que ofrecen es permitir que el muchacho aclare las cosas y que el Ministro se defienda.

Daniel por su parte, cree que no vale la pena ninguna gestión para tratar de limpiar su nombre. El estima que no importa lo que se haga, no habrá justicia. Se presenta como un crítico social-teórico, incapaz de la ejecución de acciones que conlleven a un cambio en el orden establecido.

Se está pues en presencia de un mundo sin salida. El sector oficialista del liberacionismo está consolidado en el poder. Los ayer compañeros de trincheras de don Carlos, son hoy los dueños de grandes extensiones de tierra, y controladores del aparato estatal. Se han aliado con sectores de la oligarquía, como son los Herrera, los cuales, si bien no dominan, evidentemente controlan hasta cierto punto. Su relación con el poder es tal, que se defienden entre sí, recurriendo incluso a la mentira y a la difamación en contra del hijo de un antiguo compañero. Para ellos, valores tradicionales como el padrinazgo y la verdad, son secundarios. El único castigo que al final logra don Carlos es el traslado temporal del Comandante.

Don Caliche frustrado, incapaz de lograr la reanudación de una amistad que si bien sentimentalmente podría representar aún algo para don Euclides, no es un factor a considerar a la hora de tomar la decisión en defensa de los intereses económicos de sus empresas.

Para don Caliche el costo ha sido alto. Perdió efectivamente a su hijo Carlos que se pasó de bando. Enviudó gracias a los efectos de la persecución liberacionista contra los calderonistas, que llevaron a su esposa a la tumba. Se casó con la esposa de un excomunista, que es un combatiente muerto en la guerra civil. Ha de tomarse nota que en realidad no hay sobrevivientes de aquel movimiento que ocupen lugares de privilegio en la obra: la única es Carmen, la esposa actual de don Caliche, quien es muy linda gente pero nada más. Su compromiso no es sino de tipo sentimental, compromiso con el recuerdo de su exmarido, Salomón, exmilitante vanguardista.

Para colmo de males, don Caliche siempre tuvo sus dudas sobre la conducta de sus compañeros de lucha, sospechosos muchos de ellos de complicidad con el sector figuerista. De modo que la posición del viejo en los años 70 no podía ser más patético: ha sido derrotado en todos los frentes, y solo el cariño de Carmen parece mantenerlo con vida.

Los únicos que estuvieron bien antes de la Guerra Civil y que lo están ahora son los Herrera. A lo largo de la novela se percibe la influencia de esta familia oligárquica. Tenía lugar de preponderancia en el calderonismo antes de las reformas sociales. Luego los combate. Después se enfrenta al sector Figuerista. Ahora aparece aliada a él. Es más, la tesis de Frenillo Herrera hijo de don Euclides, es que el Partido Liberación Nacional nunca fue una amenaza real para la oligarquía. Don Euclides no tiene claro los cambios: no entiende por ejemplo cómo es posible que la familia Meneses se haya cambiado de bando, siendo que su fundador había muerto en combate luchando por Calderón. Lo que ha hecho es traspasar el poder a su hijo, Frenillo, verdadero representante de una burguesía pragmática, ejecutiva y gerencial, perfectamente ubicada en lugar de privilegio en el nuevo orden surgido. Comparten el poder, no lo han perdido.

Al final de la novela don Carlos camina por la ciudad. Aturdi-do, escuchando voces falsas. Está perdido en su propia ciudad, la que él y sus compañeros ayudaron a construir. En sus sentimientos hay confusión y le vuelve el deseo de “recuperar el instante de rebelión en que con lucidez total” fue capaz de enfrentarse a su propio padre.

Ha llegado a una rotonda ubicada detrás de su casa, que en cierto modo la narración ofrece como símbolo de la circunstancia vital del personaje. Se encuentra girando en círculo. No hay salida porque además está viejo y cansado. Al frente tiene un muro que se encuentra entre el patio de su vivienda y la rotonda; para entrar a su casa tiene la alternativa de romper el muro o devolverse. Este final, plasma metafóricamente las opciones posibles.

En la situación final del relato se muestra que tanto don Carlos como don Caliche fracasaron en la realización de sus objetivos. Los factores de este fracaso son el enriquecimiento de los antiguos com-

pañeros de don Carlos, el contubernio y la acriticidad de diversos sectores del gobierno, así como de los testigos de los hechos; la corrupción de autoridades, la alteración de documentos oficiales; la manipulación y el oportunismo; una prensa tendenciosa y corrupta; el uso de la mentira y de las amenazas.

Final de Calle recoge e interpreta así dos épocas: una que corresponde a la década de formación del Estado Benefactor (años 40) y otra al momento crítico en que el proyecto político que le dio asidero a ese Estado entra en crisis. En ese mismo momento, una vertiente crítica en el seno del Partido Liberación Nacional señalaba y acentuaba la crisis ideológica, al expresar su desencanto.

Final de Calle, surge en medio de esa actitud cuestionadora. Es conductora de una pluralidad de voces, de valores y juicios de diferentes partidos y grupos. La complejidad de la novela está en total correspondencia con la complejidad del proceso histórico. Es la cohesión en términos artísticos de dos fases históricas: las estructuras sociales creadas en los años 40 y sus repercusiones en los 70, presentadas desde la particular sensibilidad de su autor.

El recuerdo actualiza y en este proceso, la novela insiste en no olvidar los móviles de la génesis. La rememoración de los acontecimientos tiene por objetivo reordenar o reajustar el camino seguido en el presente, acudiendo al recurso de la “autopurificación” para no descubrirse cómplice de una traición.

De esa manera, recurriendo al contraste, la novela ubica al lector en el espacio y en el tiempo. Confronta a los personajes, sus ideas y sus ambientes. Es a través de técnica que el texto novelesco logra transmitir la perspectiva desencantada de un sector de la sociedad costarricense contemporánea, perspectiva que es crítica pero que no ofrece alternativas viables.

BIBLIOGRAFIA

- Aguilar Bulgarelli, Oscar. **Costa Rica y sus hechos políticos de 1948**. San José: Editorial Costa Rica, 1969.
- _____. **La Constitución de 1949: antecedentes y proyecciones**. San José: Editorial Costa Rica, 1973.
- Barthes, Roland y otros. **Análisis estructural del relato**. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970.
- Duncan, Quince. **Final de Calle**. San José: Editorial Costa Rica, 1979.
- _____. **Novela y Sociedad en los años 40**. Heredia: Universidad Nacional, 1981. (Tesis de grado).
- Durán Luzio, Juan. **Lectura histórica de la novela**. Heredia: EUNA, 1982.
- Jiménez, Ivonne. "Pensé que algún negro tenía que decir su palabra en este país". **Universidad**. (8-14 de febrero, 1970), p. 11.
- Jitrik, Noé. **Producción literaria y producción social**. Buenos Aires: Editorial Gredos, 1975.
- Nación (La)** "Novela sobre 1948 mereció premio Editorial Costa Rica" (29 de marzo, 1979), p. 6a.
- Pérus, Françoise. **Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo**. La Habana: Casa de las Américas, 1976.
- Rossi, Jorge; Fernando Barrenechea y otros. "Interpelación" **La República**. (3 de enero, 1977). San José, p. 9.
- Salomón, Noell. "Algunos problemas de sociología de las literaturas en lengua española". **Casa de las Américas**, No. 102. La Habana: 1977.
- Schifter, Jacobo. **La fase oculta de la Guerra Civil en Costa Rica**. San José: EDUCA, 1979.
- Vega Carballo, José Luis. **Hacia una interpretación del desarrollo costarricense: ensayo sociológico**. San José, Editorial Porvenir, 1980.